

EL MUNDO DE LAS TRABAJADORAS SEGÚN LA LITERATURA ARGENTINA

La literatura puede funcionar como una caja de resonancia donde se refractan los conflictos y los hitos de una sociedad. Alfonsina Storni, en crónicas y poemas, indagó en las acuciantes condiciones laborales a las que estaban sometidas las mujeres en la primera mitad del siglo XX. Su mirada, aguda y de largo alcance, sirvió de inspiración para textos contemporáneos que siguen cuestionando el estado de las cosas.

Alejandra Laera

Es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Investigadora Independiente CONICET y Profesora Adjunta de Literatura Argentina I en la Universidad de Buenos Aires. Ha sido profesora visitante en universidades de su país y del exterior (Stanford U, Wesleyan U, Universidad Nacional de Rosario, Pontificia Universidad Católica-Río. Publicó, entre otros libros, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres y Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001.*

“Yo tengo una mano que sabe trabajar”

Coquetas, vestidas a la moda, rubias oxigenadas, con *look* de estrellas de cine, seductoras, soñadoras, casaderas, “muy monas”... Así son las mujeres que retrata Alfonsina Storni en una serie de notas publicadas en su columna “Bocetos femeninos” para el suplemento dominical del leídísimo diario *La Nación* a lo largo del año 1920, y que conviven con otras dedicadas a los derechos de la mujer, las modas, las nuevas costumbres, la relación con los hombres, los hábitos culturales. Alfonsina las ve en la calle, en el tranvía, en las plazas, las imagina en sus espacios de trabajo, después de hora, en sus casas, e incluso en el futuro: son la manicura, la dactilógrafa, la costurera a domicilio, la acuarelista, la normalista, la médica, la novelista .



MARTINA TRACH

Su registro es agudo: capta en esas mujeres jóvenes un nuevo modo de vivir y de ocupar el espacio público, y también un cambio social que tiene lugar en esos años en particular, con una Argentina confiada en la movilidad social que conformaría las crecientes y características capas medias urbanas.

Dentro de ese cambio, el acceso de las mujeres al trabajo resultó fundamental: mayor libertad de movimientos, potencial independencia económica, nuevas atribuciones en ese desigual reparto de los géneros que las hacía reclamar no solo derechos civiles sino derechos políticos, que serían postergados hasta los años 50 cuando ejercerían por primera vez el poder de voto.

Alfonsina sabía de qué hablaba. Ella misma había sido dependiente en la fonda familiar, actriz itinerante, aprendiz en una fábrica de gorras, empleada en una casa comercial, así como sería poeta, maestra y declamadora. Y así como era, mientras publicaba sus notas sobre los nuevos oficios y profesiones para las mujeres, una trabajadora de la prensa periódica. Ya en su primer libro de poemas, *La inquietud del rosal*, que publicó en 1916 con apenas más de veinte años, incluyó una potente autofiguración como trabajadora entre los desafiantes versos de “La loba”, que recitarían las jóvenes durante varias generaciones:

Yo soy como la loba. Ando sola y me río
Del rebaño. El sustento me lo gano y es mío
Donde quiera que sea, que yo tengo una mano
Que sabe trabajar y un cerebro que es sano.

Un año antes, también, había inaugurado su columna “Feminidades”, en la revista *La Nota*, refiriéndose, entre otros temas, a un grupo típicamente femenino de trabajadoras: las telefonistas; pero lo había hecho, además, mencionando su derecho como tales porque “estas pobres muchachas ganan una miseria y tienen un trabajo antipático”: ¡la huelga!, la misma huelga que está transcurriendo por esos días y sobre la que se está informando en la prensa. Y ya en otra entrega de esa misma columna había declarado que para la mujer el trabajo era la única garantía de independencia e incluso la posibilidad de la liberación: “Hay que dar a la mujer toda la libertad económica posible facilitándole el acceso a todo trabajo lícito para liberarla de la mala vida”.

Cuando al año siguiente escribe la columna para *La Nación*, entonces, no es tan raro el interés por ese grupo de mujeres identificadas con trabajos diversos y emergentes, que se venían distinguiendo de ciertos empleos tradicionales (en el servicio doméstico, en la lavandería, en las fábricas de cigarrillos) y también de aquellos trabajos que, desde el último cuarto del siglo XIX, habían empezado a organizar gremialmente a sus integrantes (tal como

aparece en notas e imágenes de la prensa: ya sea en ocasión de la llamada “huelga grande” de 1896, en las que se habla de las casi mil obreras de la fábrica de Alpargatas o en las que se las ve en la fotografía de la Comisión Directiva de Sastres y Modistas en Huelga, ya sea en las noticias de la represión de la Semana Trágica que había tenido lugar en 1918). Lo que Alfonsina elige para contarles a los lectores, presumiblemente lectoras, es lo más nuevo, tanto lo que se ve como lo que no se llega a ver. Puede tratarse de la costurera, que toma distancia de su padre y sus hermanos afiliados al socialismo y se deja perder por una corbata de oficinista o de estudiante (como un par de años antes lo puso en verso Evaristo Carriego en el famosísimo “La costurera que dio aquel mal paso”, de 1914). O puede ser la normalista, que hace largas colas para conseguir un puesto y a la salida de clases pasea con sus amigas compartiendo sus penas de amor (como si ilustrara el drama de *La maestra normal*, la exitosa novela que en 1914 publicó Manuel Gálvez). El feminismo, los feminismos, que estaban entonces disputando libertades y derechos, se apoyan, para Alfonsina, sobre todo, en la independencia económica que da el trabajo, a través del cual la mujer encuentra una vía para igualarse social e intelectualmente con el varón (tal como más de un década después lo presentaría Arlt en una de sus “Aguafuertes Porteñas” de 1937: “¿Existe la felicidad para la mujer que trabaja?”). De allí que, mientras destaca la “libertad moral” única que les da a las médicas su profesión, Alfonsina critique burlescamente a aquellas muchachas atractivas, como las dactilógrafas, que encuentran en su empleo sólo un pretexto para conseguir un marido o un amante.

¿Cómo no destacar la rápida percepción de Alfonsina Storni para captar, apenas empezada la década del veinte, el modo en que los oficios emergentes para las mujeres, mientras amplían su libertad en el aspecto y el movimiento, se debaten con aspiraciones tradicionales como el matrimonio? ¿Y cómo no llamar la atención sobre el desafío de hacerlo sin ninguna complacencia femenina, sino a través de la mordacidad y la ironía? La década del treinta asistió, junto la caída de las expectativas de movilidad social y la crisis político-económica de lo que se conoció como década infame, a una proliferación de representaciones y figuras literarias alrededor del problema del trabajo, entregadas en sedes artísticas diversas. Bastan tres ejemplos para reconocer la magnitud de estas resonancias antes de que personajes y espacios del trabajo pasen a integrarse naturalmente al ámbito de las letras y las artes. En 1933 la escritora y militante comunista María Luisa Carnelli publicó *¡Quiero trabajo!*, novela en la que plantea el dilema entre aceptar un matrimonio malavenido, independizarse a través del trabajo o entregarse a la prostitución.

Dos años después, el artista Antonio Berni, también vinculado al comunismo, presentó *Manifestación*, una de sus obras más conocidas, en la que aparece una multitud de manifestantes, incluidas varias mujeres, con el lema “pan y trabajo”. Y en 1938, ya no en tono denunciante sino en el de la comedia, se estrenó *Mujeres que trabajan*, la película de Manuel Romero en la que debutaba la gran Niní Marshall como Catita, su personaje más popular. Las nuevas trabajadoras y las de siempre, entre el denunciante y el estereotipo, ya formaban parte del imaginario de la cultura literaria y visual.

Con las transformaciones sin retorno alrededor de las condiciones del trabajo y los cuerpos de los trabajadores que en la Argentina impactaron hacia finales del siglo pasado, con el advenimiento del *posfordismo* y la precarización de la mano neoliberal, nuevas representaciones y figuraciones emergerían como protagonistas de la literatura.

Ellas trabajan

¿Cómo no encontrar una relación entre las chicas de *Alta rotación*, la crónica que publicó en 2009 Laura Meradi, después de muchos meses de investigación en el mundo precarizado del trabajo contemporáneo, y las protagonistas de *Boca de lobo* y de *El trabajo*, las novelas de Sergio Chejfec y de Aníbal Jarkowski que se conocieron, respectivamente, en el 2000 y el 2007? ¿Cómo no encontrar, en el marco de la crisis de 2001 en la Argentina, una relación entre el documentalismo de la crónica y dos historias ficcionales que transcurren en un tiempo y un espacio solo lejanamente reconocibles como Buenos Aires y un conurbano fabril?

Durante aproximadamente un año, Meradi ocupó de incógnito diferentes puestos de trabajo con el fin de recabar para la escritura, y así nos reveló un mundo laboral femenino que poco conocíamos por dentro: el mundo de las cajeras de supermercado, las telefonistas del *call center*, las mozas de un bar de Recoleta, las empleadas de una cadena de comidas rápidas, todas jóvenes precarizadas entre las cuales ella misma se siente tal, en su empleo como cronista por encargo. Por su parte, está la joven obrera de la novela de Chejfec explicándole al narrador y protagonista la rutina en la fábrica, el funcionamiento de las máquinas, la lógica comunitaria, que él solo puede conocer a través del vínculo amoroso que tiene con ella; y también la joven secretaria de la novela de Jarkowski, que arma pequeñas escenas eróticas ante sus jefes para mantener su precario empleo en la empresa, primero, y después en el modesto escenario del *burlisque*.



Tanto en *Boca de lobo* como en *El trabajo*, los narradores, también protagonistas masculinos de las novelas, se regodean ante el cuerpo de las trabajadoras, pero en esa mirada que de algún modo las subsume y enajena como el trabajo mismo, los hombres se condenan.

¿Acaso el único espacio de representación o figuración de ese trabajo femenino es el exceso de identificación de la cronista Laura Meradi que produce ficción al hacerse pasar como cajera o moza de bar, cuando en verdad es escritora? ¿De qué modo representar, en el sentido más amplio, a las trabajadoras en la literatura? ¿Es eso posible, como provocativamente lo hizo Alfonsina Storni en sus crónicas en los años de veinte? Ese es el desafío: mostrarnos mundos y cuerpos femeninos del trabajo, sin que solo nos entretengan o informen, para que también, al leer, nos preguntemos por las condiciones generales del trabajo, por nuestra propia condición como trabajadoras y trabajadores. ¡A disfrutar con ellas en los libros y a luchar por ellas en la vida! ■